

Introducción para una nueva historia de la literatura boliviana

ADOLFO CACERES ROMERO

Bolivia, como muy pocos países en el continente americano, es heredera de una tradición cultural cuyos vestigios arqueológicos nos hablan de su grandeza. Su literatura es la resultante de una serie de factores culturales, étnicos, históricos y antropológicos sociales que determinan su ser sustancial. Sus bases no pueden ser medidas partiendo de esquemas europeos, porque si, como ocurre con Enrique Finot, por ejemplo, se pretende aplicar el método que Taine utiliza para su **"Historia de la Literatura Inglesa"** —en relación a tres fuerzas que él llama "primordiales": la raza, el medio y el momento histórico—, con la ilusión de tomar en consideración esas fuentes siquiera de "una manera relativa", y el frustrante desengaño de que la raza, "propiamente hablando, aún no está formado o más bien carece de unidad" (1), se logra una aproximación superficial al estudio y conocimiento de esas letras y, al mismo tiempo, se llega a la ceguera y al desencanto que hacen decir a un escritor como Fernando Diez de Medina, que "Carecemos de una literatura nacional capaz de medirse jerárquicamente con expresiones más logradas del ingenio humano" (2). Así, confrontados a una universalidad de milenios; encasillados por una retórica normativa, con una apreciación estética *a priori*, difícilmente nuestros escritores aspirarán a la consagración de sus valores; sin embargo, la única manera de alcanzar la eternidad, aquí o allá, es ahondando en el instante y en la propia circunstancia del medio. Sartre nos aclara que "al tomar partido en la singularidad de nuestra época, nos unimos finalmente a lo eterno". Y es más explícito todavía cuando afirma "rotundamente que el hombre es un absoluto. Pero lo es en su hora, en su medio, sobre su tierra. Lo que es absoluto, lo que mil años de historia no pueden destruir, es esta decisión irremplazable, incomparable, que toma en este momento en relación con estas circunstancias" (3).

Consecuentemente, no es extraño que un crítico como Angel Rama considere a la Literatura como un vehículo para acercarnos a la realidad de un determinado país o área geográfica, más aún teniendo en cuenta la identidad o su legitimidad con respecto a las causas que la generan, para constituirse en "el instrumento apropiado para fraguar la nacionalidad" (4), se-

1. "Historia de la Literatura Boliviana", Enrique Finot. Gisbert y Cía. S. A. La Paz, 1975. Cuarta edición. Pág. 4.

2. "Literatura Boliviana", Fernando Diez de Medina. Ed. Los Amigos del Libro. La Paz-Cochabamba, 1982. Cuarta edición. Pág. 24.

3. "¿Qué es la Literatura?", Jean-Paul Sartre, Ed. Losada, S.A. Buenos Aires, 1957. Segunda edición. Pág. 12.

4. "Transculturación narrativa en América Latina", Angel Rama. Siglo XXI Editores. México, 1982. Pág. 13.

gún expresa el mismo crítico; pero fraguarla sin negar o ignorar sus raíces indígenas —si las tiene—, como acontece en la obra de la mayoría de los historiadores de las letras nacionales de nuestra América que, signados por la estrechez o amplitud de un hecho de conquista, dignifican su resultado colonial en homenaje a una tradición forzosamente impuesta, para anular el valor literario de una serie de cantos que emergen de los llanos orientales y de las montañas andinas en varias lenguas que, quiérase o no, son parte del patrimonio cultural de esas naciones. ¿Que su oralidad las hace inmaduras? Ya lo dijo Ernesto Sábato al hablar de las limitaciones de la literatura argentina: "Aceptar esta dura, pero trágicamente bella condición de la existencia es aceptar la vida contra la muerte. ¿A qué otra cosa puede llamarse madurez?" (5).

Desde luego que no podemos ni debemos renunciar o cerrar los ojos a la tradición europea, aspecto que no va en contra de la autenticidad de nuestra literatura patria. Cosa diferente es actuar con mentalidad colonizada, negándose en lo único que, como el pigmento de la piel, está presente en nuestra íntima realidad. El crítico colombiano Jaime Mejía Duque, advierte que: "Donde haya pasividad imitativa, y mientras ésta subsista, no habrá verdadera búsqueda ni afirmación alguna de un saber propiamente dicho. Tal viene a ser la despersonalización del hombre colonizado. De ahí deriva además su falsa, su aparente, su simulada universalidad. Es un gesto, una "pose" el sueño de realización de deseos repetidamente aplazados en el horizonte de la vida social" (6). Y estos juicios se aclaran aún más con un antecedente que pone el mismo crítico, al decir: "Porque se coloniza también en la medida en que se bloquea la conciencia del otro. En la medida en que se despoja gradualmente al dominado de las virtualidades de su propio aprendizaje, de su propia "originalidad" como pueblo en sentido antropológico. Así es como, por ejemplo, el turismo del colonizador convierte en "paisaje" el drama del colonizado, en "tipismo" su más íntima expresión, en "edificante" su ascetismo forzado por la escasez ancestral, etc." (7).

Las veces que se pretende hacer un estudio del desarrollo histórico de nuestras letras nacionales, son dos aspectos problemáticos los que sobresalen: Por una parte, se le niega capacidad de expresión estética al indígena boliviano y, por otra, se considera que todas las literaturas latinoamericanas carecen de originalidad, siendo poco más o menos un apéndice de las letras europeas. Con respecto al primer punto, Ignacio Prudencio Bustillo, notable intelectual chuquisaqueño de comienzos del siglo XX, dice en su estudio sobre "**Literatura Boliviana**" (1921): "De las razas que forman la población nacional, sólo la blanca posee genio artístico. Falto de imaginación y sensibilidad, frío y reconcentrado, el indio es más apto para el trabajo material de arañar la tierra o ahondar en sus entrañas que para atormentar su cerebro con las elevadas especulaciones intelectuales" (8). La convicción racista de este escritor, a quien Francovich llama: "Tardío astro del positivismo nacional" (9), llega más lejos todavía cuando se aventu-

5. "La cultura en la encrucijada nacional", Ernesto Sábato. Ediciones de Crisis. Buenos Aires, 1973. Segunda edición. Pág. 14.

6. "Narrativa y Neocoloniaje en América Latina", Jaime Mejía Duque. Ediciones de Crisis. Buenos Aires, 1974. Pág. 16.

7. Op. Cit. Pág. 15.

8. "Páginas Dispersas", Ignacio Prudencio Bustillo. Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca. Sucre, 1946. Págs. 37-38.

9. "El Pensamiento Boliviano en el Siglo XX", Guillermo Francovich. Fondo de Cultura Económica. México, 1956. Pág. 59.

ra a afirmar que "La aptitud artística es un don que no se adquiere con el trabajo. Ella nace con el individuo. Forma, también, el patrimonio de algunos pueblos (...) El indio no rindió culto a la belleza, ni aun en los buenos tiempos de la dominación de los Incas, la edad de oro de esta raza. Más que el régimen político opresor, más que la división de la sociedad en castas y la falta de medios propios para transmitir el pensamiento a otras generaciones, el indio no es poeta, ni músico, ni pintor por idiosincracia" (10). ¿Habrá alguna raza que lo sea por idiosincracia? Desde luego que para Prudencio Bustillo, sí: "la blanca", pues blanca y blasonada es su estirpe intelectual. Su panegirista y amigo, Adolfo Costa Du Rels, lo evoca con estas palabras: "Mas después de rozar muchos temas, doctos y frívolos, volvíamos siempre al problema del hombre frente a su destino que parecía obsesionarte con marcada evidencia. Montaigne, Pascal, Hegel, Augusto Comte, Goethe, Bossuet, Nietzsche, cruzaban por nuestra boca sus argumentos" (11). A su retorno de Bruselas (1915), donde proseguía sus estudios superiores, bajo las ideas del positivismo considera al indio un ser "Falto de imaginación y de sensibilidad". Así y todo, no deja de ser compasivo y paternal con el indio, pues aboga por dotarle de mejor suerte (12). A título de educar al indio, lo que siempre se ha hecho ha sido domesticarlo. No en vano Wankar, dice: "El qheswaymara es el investigado. El blanco el investigador y planificador de toda "acción social" para la masa india" (13).

Gabriel René Moreno, considerado un clásico de la literatura boliviana del siglo XIX, dice: "El indio Incaico es sombrío, asqueroso, uraño, prosternado y sórdido" (14). Asimismo, para el "Gran Tribuno", Mariano Baptista, que gobernó el país de 1892 a 1896: "La clase letrada y cristiana, la que vive en una atmósfera de civilización, siente por los aymaras un gran horror... yo los he contemplado desde mi niñez con espanto por la humanidad" (15). Para José Manuel Pando, también ex-presidente de Bolivia (1899-1904) y que hizo asesinar al Willka Zárate, caudillo indígena que le ayudó a consolidar su gobierno: "Los indios son seres inferiores y su eliminación no es un delito, sino una "selección natural" (16) con semejantes ideas, tampoco es extraño que hubiera ordenado el exterminio de los indios chiriguano. Otro ex-presidente de Bolivia, Bautista Saavedra (1920-1925), autor de "El Ayllu", dice: "El indio es apenas una bestia de carga, miserable y abyecta, a la que no hay que tener compasión y a la que hay que explotar hasta la inhumanidad" (17). Y podríamos continuar con los prejuiciosos conceptos de otros intelectuales, políticos e historiadores bolivianos, pero bástenos expresar con Fernando Montes Ruiz, que los aymaras, por ejemplo, "son uno de los pueblos más calumniados y peor comprendidos que existen", puesto que, en primer lugar, "pertenecen a una cultura que se ha desarrollado durante milenios sin ningún contacto con el viejo mundo, y

10. 'Páginas Dispersas', Pág. 38.

11. "Una luz que ya no es luz...", Prólogo de Adolfo Costa Du Rels a "Páginas Dispersas". Pág. 10.

12. Ver "Ensayo de una Filosofía Jurídica", de Ignacio Prudencio Bustillo, publicado en Sucre, en 1923.

13. "Tawantinsuyu", Wankar. Centro de Coordinación y Promoción Campesina Mink'a. La Paz, 1978. Pág. 388.

14. Citado en "¿Eixste el Hombre Boliviano?", ensayo de Andrés Soliz Rada. "Correo Cultural" N° 81 del periódico "Los Tiempos" de Cochabamba, 17 de marzo de 1988.

15. Op. Cit.

16. Op. Cit.

17. Op. Cit.

con total independencia de él. Consiguientemente, las formas de vida, los hábitos y costumbres, la organización social y la concepción del mundo aymaras son radicalmente ajenos y distintos a los occidentales. Considerando este marco cultural, los rasgos psicológicos y las categorías cognitivas aymaras pueden tener un significado muy distinto del que tendrían entre europeos y norteamericanos, y por tanto las conceptualizaciones teóricas desarrolladas en esas latitudes no siempre resultan válidas en los Andes. En segundo término, los aymaras han sufrido cerca de cinco siglos de dominación externa, a la que forzosamente han tenido que adaptar su psicología y su cultura. Es pues imposible comprender al aymara contemporáneo sin hacer referencia a esta experiencia histórica crucial en su formación psíquica. Dicho sea de paso, esta situación de dominación ha modelado varias facetas opuestas y contradictorias en el carácter del aymara, de modo que su comportamiento y sus actitudes no son los mismos frente a la clase dominante que delante de sus iguales, ni durante la vida cotidiana que en el transcurso de las fiestas y rebeliones. Además, es evidente que la psicología del colonizado no puede ser la misma que la del colonizador. De ahí que los investigadores de la Metrópoli (o sus acólitos nacionales) que han intentado estudiar al aymara desde la perspectiva del opresor han obtenido necesariamente una percepción falseada y unilateral de él" (18).

Por lo que hemos podido observar, recién a partir de la primera década del siglo XX se definen las posiciones en torno a la presencia del indio en la literatura universal, pero no como personaje de novela u objeto de inspiración poética como se expresa en el indigenismo, sino como agente productor de obras literarias cuya fundamentación teórica y crítica aún está por hacerse. Las primeras publicaciones que recogen la obra de Felipe Guamán Poma, en 1908, merced a los estudios de Richard Pietschmann, en *Nachrichten* de la Real Sociedad de Goettingen y luego en las Actas del Congreso de Americanistas de Londres, en 1912, revelaron no sólo la importancia de este cronista indígena del Siglo XVI, sino la presencia de un ámbito cultural y artístico novedoso y original que recién va siendo desentrañado en base a los estudios que aparecen tanto en Europa como en América. Así, en Bolivia, la Literatura Quechua alcanza su mayor difusión gracias a los estudios de Jesús Lara que, a apartir de la publicación de su "Poesía Quechua" (1944), profundiza el conocimiento y estudio de esas letras con: "Poesía Popular Quechua" (1956), "Tragedia del fin de Atawallpa" (1957), "La Literatura Quechua" (1960), "La Literatura de los Quechuas" (1961) ensayo y antología, "Leyendas Quechuas" (1963), "La Cultura de los Inkas" (1966-1967) en dos volúmenes, "Ullanta" (1971) tragedia incaica, "Mitos, Leyendas y Cuentos de los Quechuas" (1973) y "Qheshwataki" (1975) coplas quechuas. Algo más concluyente todavía es la investigadora Verónica Cepeda, cuando manifiesta que "Resulta tan natural pensar hoy que, cuando nos referimos a las obras que nos quedan de las grandes civilizaciones precolombinas, podemos hablar, sin problemas, de un arte andino. Aún cuando muchas veces no se establezca, entre el observador actual y el objeto del pasado, ninguna relación especial, una significación agregada —además del uso utilitario— parece estar siempre ahí, presente en el objeto: es, tal vez, en ese "algo más" que reconocemos, sin mayores dudas, la presencia de una creación artística" (19).

18. "La Máscara de Piedra", Fernando Montes Ruiz. Editorial Quipus. La Paz, 1986. Págs. 21-22.

19. "III. Aproximaciones a una estética andina: De la belleza al tinku", Verónica Cereceda. Ensayo inserto en "Tres Reflexiones sobre el Pensamiento Andino", Hisbol. La Paz, 1987. Pág. 133.

El reconocimiento de esa presencia artística no ha sido nada fácil. Primero el país ha tenido que ser sacudido con sucesivos y cruentos desmembramientos territoriales, hasta quedar enclaustrado, con menos de la mitad de su territorio original. Su población, entre golpes, asonadas y violentos cambios de gobierno, lentamente ha ido tomando consciencia de su realidad histórica. De todos esos males, ha sido la Guerra del Chaco (1932-35), donde se enfrentaron los dos países más pobres de la América del Sud (Bolivia-Paraguay), la que dio origen al nacimiento del "nacionalismo revolucionario" que recién daría sus frutos en la revolución de abril de 1952. René Zavaleta Mercado, dice de esa Guerra: "el país tiene razón cuando se siente frustrado porque, en la movilización, en la conducción de la Guerra, en la lucha de los días, descubre que no es verdaderamente una nación. Los bolivianos que van a conquistar o a defender el país territorial, descubren que hay que conquistar el país histórico, cuyo enemigo no es, desde luego, el Paraguay" (20). Y el país histórico nos lleva a mirar hacia adentro, al pasado precolombino, despertando a las mayorías marginadas con la Nacionalización del Petróleo (1937), Nacionalización de las Minas (1952), Reforma Agraria (1953), Reforma Educacional (1953) y el Voto Universal (1953). Y luego hasta se puede escribir "La cara campesina de nuestra Historia" (21) (1984). Consiguientemente, se ha despertado en el país —al igual que en el resto del continente— un anhelo de autenticidad descolonizadora que, en el presente caso, ha sido bien captado por el investigador español José Luis Gómez-Martínez, en su libro "Bolivia: un pueblo en busca de su identidad" (22) (1988).

El cambio es notable, si tomamos en cuenta que a comienzos del siglo XX, la intelectualidad y los políticos liberales estaban tan impregnados de la filosofía positivista que llegaron a considerar a los indios como un obstáculo para el progreso nacional, tal como vimos al considerar los juicios de René-Moreno, Prudencio Bustillo y otros.

En cuanto a la falta de originalidad de nuestras letras, la mayoría de los historiadores se hace eco del novelista vasco Pío Baroja, como lo manifiestan por un lado Enrique Finot, "al afirmar que la América de habla española sólo ha producido hasta ahora imitadores más o menos serviles y más o menos felices de los escritores y artistas de Europa" (23); y, por otro lado, Fernando Diez de Medina, que comienza su historia literaria planteándose la interrogante de si "¿Es lícito hablar de literaturas nacionales en Sudamérica?", deriva en un juego tautológico poco serio, acabando por confesar su *mea culpa* con estas palabras: "El escritor sudamericano, pobre en ideas y en cultura escaso, cubre su desnudez con la vegetación verbal: habla, pinta, gesticula, grita. No ha dicho nada" (24). Y no dice nada relevante, ponderado, en las casi 400 páginas de su "Historia" colonizada, pues así como dice que "Los dos mayores males de la producción literaria de la América Meridional (son) la falta de originalidad en el concebir, (y) la ausencia de una técnica formal para expresar" (25), en este su libro llegamos a la conclusión de que sus juicios son la cabal medida de su casta literaria,

20. "Bolivia, el desarrollo de la conciencia nacional", René Zavaleta Mercado. Ed. Diálogo S.R.L. Montevideo, 1967. Págs. 43-44.

21. Libro escrito por dos investigadores españoles: Xavier Albó y Josep M. Barnadas. Ed. Unitas. La Paz, 1984.

22. Libro publicado por la Editorial Los Amigos del Libro, en su colección "Enciclopedia Boliviana". La Paz-Cochabamba, 1988.

23. "Historia de la Literatura Boliviana", citado por Enrique Finot. Pág. 5.

24. "Literatura Boliviana", Fernando Diez de Medina. Pág. 34.

25. Op. Cit. Pág. 35.

corroborándonos aquello de que "la crítica de los colonizados —en palabras de Roberto Fernández Retamar—, la crítica colonizada, no sólo es incapaz, por supuesto, de dar razón de nuestras letras, sino que, de modo más o menos conciente, realiza una tarea dañina, al tergiversar la apreciación de una literatura cuyo mérito central es, precisamente, contribuir a expresar y aun a afirmar nuestro ser" (26).

Otro aspecto erróneamente planteado por Enrique Finot es el relativo a la falta de unidad ambiental, lingüística y racial. "Las lenguas autóctonas —dice— son tantas y tan diferentes entre sí, que contribuyen a aumentar el caos. En cuanto al **medio**, de suyo diverso, aún dentro de una misma nacionalidad, como ocurre en México, en el Perú, en Bolivia, con diferentes climas, producciones y formas de vida, tampoco es elemento de fusión capaz de gravitar en la formación de un alma colectiva" (27). Pensamos que la verdadera riqueza cultural de un país está en su variedad y no en la monotonía de una unidad mal entendida. En los hechos, las grandes culturas son el resultado de otras, así la cultura inglesa, por ejemplo, es una mezcla de las dos grandes tradiciones de la Europa moderna: la latina y la germánica. La culta Suiza se expresa en cuatro idiomas: alemán, francés, italiano y romanche, sin que ello atente su identidad nacional. Ahora bien, Bolivia, país multinacional, que participa de la meseta andina y de los llanos amazónicos, se enriquece con las tradiciones colla y cambia. Los collas: aymaras y quechuas, prefiguran la puna y los valles centrales. Los cambas: guarayos y chimanes, las selvas orientales. El escritor argentino Ernesto Sábato, al hablar de las herencias culturales de su país, dice: "¿Es fatal esta diversidad para la nación? ¿Es cierto que impide o complica nuestra unidad y la formación de un carácter nacional bien definido? Sería muy poco inteligente negar la legitimidad de estas dudas. Pero aun sería menos inteligente ver en esta complejidad nada más que desventajas. Es más fácil construir un soneto impecable que lograr una vasta novela. Pero es precisamente esta "impureza" de la novela la que le da mayor trascendencia, pues es signo y efecto de su complejidad. Empecemos por admitir, pues, que es preferible ser extensos que limitados, variados que uniformes" (28).

El estudio de las letras latinoamericanas, y en nuestro caso de las bolivianas, debe emprenderse sin perder de vista sus propias estructuras socioculturales que determinan su naturaleza específica, respetando sus raíces ancestrales, antropológicas, en un contexto que no niega la adquisición de los hábitos impuestos en su devenir histórico. Asimismo, lo innegable es que las letras, y concretamente las artes indoamericanas, constituyen el permanente reflejo de las razas que se fusionan en contornos geográficos más o menos definidos. Sus orígenes se han perdido en los abismos del tiempo, al igual que en todas las grandes culturas. Asomarse al pasado es ganarse de cara al misterio de la vida. El investigador, en una suerte de tauromurgia, escarba los vestigios e infiere el desarrollo de sus causas originarias. El arte precolombino que hoy admiramos, en medio de la relatividad de lo que expresa, nos muestra el grado de desarrollo que han alcanzado nuestras culturas nativas hasta la llegada de los conquistadores. Carlos Medinaceli, al refutar la posición de José Eduardo Guerra, quien piensa en

26. "Para una Teoría de la Literatura Hispanoamericana", Roberto Fernández Retamar. Editorial Nuestro Tiempo, S.A. México, 1981. Tercera edición. Págs. 106-107.

27. "Historia de la Literatura Boliviana", Pág. 5.

28. "La cultura en la encrucijada nacional". Pág. 17.

1933 que fatalmente debemos "volver los ojos hacia Europa" (29), dice: "en el terreno ideal del Arte ¿por qué no vamos a tener derecho a ir en busca de nuestra propia expresión, defender la originalidad de nuestro espíritu y dar una emoción autóctona de nuestras letras?" (30). La pervivencia del arte autóctono es real, tan real que se ha impuesto en su música, llevando el folklore boliviano a una dimensión más universal. No hay limitaciones en las expresiones del espíritu, de ahí que tampoco es un problema el hecho de si ha habido o no una escritura gráfica en el incario, pues nos hallamos frente a un resultado concreto que constituye el caudal literario que vamos descubriendo, y lo cierto es que ese primer estado de tradición oral de las letras precolombinas aún subsiste fuera de la metrópoli, aflorando con una serie de obras remozadas en cada festividad patronal. Es que, como también afirma Rudolf Grossmann: "En el Nuevo Mundo se desarrollan paralelamente, en el mismo espacio y al mismo tiempo, literaturas fundamentalmente distintas según su origen racial: la de los aborígenes, la de los conquistadores hispano-lusitanos y la de los negros" (31). ¿Cuál es la más genuina? No creemos, como manifiesta Ignacio Prudencio Bustillo, que "sólo la raza blanca posee genio artístico", la prueba está en el "Ollantay" y en todos los cantos anónimos que se conocen como literatura popular; en Huallparrimachi, poeta indígena del período de la Independencia y, en fin, en la arquitectura de Tiawanaku a Inka Lljta y Monte Punku, en la alfarería, la cerámica, los tejidos y la música nativa que vamos gustando en la actualidad.

¿Por qué una nueva Historia de la Literatura Boliviana?

Por varias razones y esencialmente porque nos vemos en la necesidad de establecer, en la comprensión histórica de los fenómenos sociales del país, la importancia de sus manifestaciones literarias, reivindicando la producción poética de nuestras culturas aborígenes más representativas (aymara, quechua y tupiguaraní, especialmente), por cuanto ellas son la base sobre la cual se sustenta nuestra identidad cultural, como germen de una tradición que no ha desaparecido, a pesar de los afanes destructores de los colonialistas. Y como no ha desaparecido tampoco es aceptable remitir su estudio únicamente al período precolombino, como un curioso antecedente que se ha perdido en la legitimación de una literatura más "cultura" por urbana, oficializada por las élites dominantes. Así pues, debemos reconocer —en buena hora— la existencia de varios sistemas literarios diferentes, según las regiones del país. En los tiempos primitivos la poesía y el lenguaje formaban parte de un modo de vida trascendental en la libre expresión de sus sentimientos y motivaciones, ligadas casi siempre a las elucubraciones míticas de su morada vital. Ahí el canto no se regía por modas ni leyes estéticas preconcebidas, pues cuanto más antiguo era su lenguaje aquel era más popular. El pueblo se configuraba como nación no en base a su territorialidad, sino atendiendo el núcleo esencial de su pensamiento, de sus emociones y cantos. Además, la expresión poética se daba junto a la danza y la música, ritualizada; así nació el canto como una forma rítmica de las grandes emociones colectivas; es decir que la poesía quechua, por ejemplo, apareció sujeta al espíritu colectivo de las comunidades del imperio incaico.

29. "Itinerario Espiritual de Bolivia", José Eduardo Guerra. Casa Editorial Araluce. Barcelona, 1936. Segunda edición. Pág. 32.

30. "Estudios Críticos", Carlos Medinaceli. Ed. Los Amigos del Libro, La Paz-Cochabamba, 1969. Segunda edición. Pág. 120.

31. "Historia y Problemas de la Literatura Latinoamericana", Rudolf Grossmann. Revista de Occidente. Madrid, 1972. Pág. 42.

Sus raíces surgieron de la entraña popular al expresar emociones y sentimientos colectivos.

Asimismo, la importancia de una lengua se mide por las genialidades de su literatura, sin importar si ésta es oral o escrita; de otro modo, el griego clásico no tendría nada que ver con el ciclo homérico, ni el quechua con los cantos del Ollantay. Para Herder, en el lenguaje de la lírica se plasma el carácter de una nación, constituyendo una unidad indisoluble la lengua, la poesía y el pueblo. Ha llegado el momento en que los jayllis, arawis, takis y demás formas poéticas sean estudiados con mayor profundidad, a fin de alcanzar la formulación teórica de su esencia estética.

Desde luego que no es tarea fácil el deslindar la concepción poética del pensamiento indígena del europeo; o sea emprender el estudio de sus propios principios literarios, de sus categorías axiológicas, criterios estéticos, etc., teniendo en cuenta que éste es un terreno aún no transitado por los estudiosos de las letras aborígenes. Sobre esta base se desarrollará tarde o temprano el estudio de su historiografía. Algo más, según Adolfo Colombres "la historia de un pueblo no será otra cosa que la historia de la realización de su alma". Y, ojo, con el espíritu de este mismo investigador planteamos que deslindar también es liberar por cuanto procuramos "acabar con la desgarradora dicotomía de los países en vía de desarrollo de un yo autóctono y un super yo occidental que sólo sirvió para reforzar la estratificación social, desde que participar de las "bondades" de la cultura europea ha sido siempre privilegio de una élite, mientras que las clases bajas se ven forzadas por la miseria a guarecerse entre los vapuleados trastos de su tradición. Estas élites, y los que las sustentan ideológicamente, traicionan al pueblo y su cultura".

Los historiadores de la Literatura boliviana:

Resulta incipiente el panorama historiográfico de nuestra literatura, cuando nos remitimos al punto de partida de quienes, con cierta autoridad, se ocuparon de su evolución histórica; apenas hallamos un brote embrionario, distante a su resultado original, por cuanto los más le asignan a esa literatura un comienzo impreciso, sometido a las "bondades" del conquistador español que nunca pretendió legarnos buenamente los secretos de su arte literario. Lo que heredamos nos vino más por gravitación histórica, antes que por voluntad estética. Afortunadamente todavía traducimos al hablar o escribir en español, cuando nos percatamos de nuestra identidad. Y no siempre nos damos cuenta de que no le debemos tanto al pensamiento europeo como para negarnos un ápice de originalidad. Todos esos historiadores conciben que las letras nacionales, al igual que las del resto del continente americano, son una prolongación, más o menos afortunada, de las literaturas del viejo mundo. Para ellos todo el arte es exclusivo de ese ámbito cultural, legitimado al aroma de un pensamiento positivista que todavía los mantiene asidos al período decimonónico, cuando Andrés Bello, Juan Bautista Alberdi, José Victorino Lastarria, Miguel Luis Amunátegui, etc., discutían sobre el criollismo de las letras hispanoamericanas.

A título de modernos y civilizados, muchos de los historiadores bolivianos se muestran identificados con todo lo que implica adelanto científico, pero un adelanto procedente de la Europa del siglo pasado, donde empezaron las líneas férreas, los vapores, los bancos, los tratados de comercio, etc., sin que el indio tenga lugar en ese concierto progresista, a no ser como objeto decorativo, folklórico. Desde luego que no nos extraña que en 1862, Santiago Vaca Guzmán considerara que "la raza quechua no ha pres-

cado concurso alguno, por impotencia, para la formación de la literatura boliviana". Lo que nos extraña es que, ya en 1922, un intelectual como Ignacio Prudencio Bustillo, sostuviera que "el indio es más apto para el trabajo material de arañar la tierra o ahondar en sus entrañas, que para atormentar su cerebro con las elevadas especulaciones intelectuales", cuando ya se conocía la existencia del "Ollantay" y también se había descubierto la "Nueva Crónica" de Felipe Guamán Poma, aparte de otros hallazgos arqueológicos y artísticos que hablaban de la magnificencia de las culturas indígenas. Asimismo, también nos extraña que tanto Rosendo Villalobos, como Juan Francisco Bedregal y Angel Salas, en el lujoso volumen con que en 1925 Bolivia conmemoraba su primer centenario como nación libre y soberana, continúen con el criterio de que la literatura boliviana, "como casi todas de nuestra América —a decir de Juan Francisco Bedregal—, no es, no puede ser sino el reflejo de las que la nutrieron y principalmente de la de España que, al dotarle su lengua, la dejó virtual y definitivamente incorporada a su dominio espiritual".

Dieciocho años después, o sea en 1943, Enrique Finot comienza su "Historia de la Literatura Boliviana", planteando la posibilidad de "establecer si existe una literatura boliviana". Según su enfoque tainiano, considera que todavía no, por cuanto ni la raza, ni el medio, ni el momento histórico, le son propicios no sólo a Bolivia, sino también a todas las letras de nuestra "América de habla española o portuguesa". En primer lugar, sostiene Finot que "la raza, propiamente hablando, aún no está formada o más bien carece de unidad". "En cuanto al medio —prosigue Finot—, de suyo diverso, aún dentro de una misma nacionalidad, como ocurre en México, en el Perú, en Bolivia, con diferentes climas, producciones y formas de vida, tampoco es elemento de fusión capaz de gravitar en la formación de un alma colectiva. El momento histórico es todavía muy breve para la creación de una cultura propia, que pueda tener expresión en una literatura original, característica". Finalmente, 38 años después, para Fernando Diez de Medina: "Los dos mayores males de la producción literaria en la América Meridional: la falta de originalidad en el concebir, la ausencia de una técnica formal para expresar". En el "Prólogo a la cuarta edición" de su "Literatura Boliviana" (1981), que se anuncia actualmente, a pesar de sus muchas incongruencias no corregidas —señaladas oportunamente por Enrique Vargas Sivila—, Diez de Medina se muestra anacrónico e incompetente para asimilar las nuevas corrientes de la literatura universal. "Muchos piensan que para ser escritor —dice— hay que imitar a los "monstruos" europeos, norteamericanos o del "boom" latinoamericano, llámense Joyce, Kafka, Sartre; o Faulkner, Dos Pasos, Hemingway; o Cortázar, García Márquez, Lezama Lima". Con tal pobreza de recursos, indudablemente que no se puede construir una literatura, si nos atenemos al juicio de Angel Rama que considera que "si la crítica no construye obras, sí construye una literatura". Y como lo acabamos de ver, mal podemos construir nuestra literatura nacional, al carecer de una crítica idónea, aparte de René-Moreno y Carlos Medinaceli. Conste que ninguno de los dos hizo historia, aunque sí podían hacerla con gran ventaja. En los historiadores anteriormente estudiados, encontramos más una recopilación de datos, en torno a un autor, que la sistematización de un proceso literario. Ellos por lo general articulan las características de un escritor en un riguroso orden cronológico; además, Finot reduce el enfoque de su "Historia" a factores externos a la obra misma. En tanto que Diez de Medina, en un panorama por lo general negativo y contradictorio, reduce la obra de un autor a un conjunto arbitrario de influencias, dando preeminencia a las fuentes que el presupone valederas. No deduce el efecto por la causa. Cuando critica a los románticos, por ejemplo, lo

hace subjetivamente, partiendo de sus gustos personales, sin comprender el momento histórico que analiza. "No hay huellas de Goethe —dice—, de Schiller, de Holderlin, de Novalis, abunda en cambio la imitación a Balzac, a Dumas, Hugo, Lamartine, Vigni". Cuestionando esos modelos ignora la atracción que ejercía en ese entonces la literatura francesa sobre nuestros escritores. París era el centro vital del mundo artístico del siglo XIX; por ello, muchos poetas y escritores del romanticismo americano estuvieron en la llamada "Ciudad luz" antes que en Berlín o Weimar. No debemos olvidar que aún Ricardo José Bustamante, nuestro máximo poeta de entonces, escribió sonetos nada desdeñables en lengua francesa, estando en París, en 1945.